

ALARRMA

BOLETIN

de

Fomento Obrero Revolucionario

Año III, Nº 7

Octubre 1950

NI AUSTERIDAD NI EXPANSION

Con la llamada reforma econonómica u "operación de saneamiento de la economía española", se inicia una etapa de gran importancia para el porvenir, al término de la cual --si se la deja llegar a término-- el país se hallará convertido en una especie de Italia o de Alemania vaticanas, o bién en una Polonia moscutera. Los partidos de la emigración, igual que los incipientes del interior, aspiran descaradamente a lo uno o a lo otro, y si no colaboran hoy con lo que el franquismo hace, ya cabilan prolongar su faena, dólares o rublos mediante. Tomar posición revolucionaria frente a la operación económica del franquismo resulta imposible sin hacer cara, al mismo tiempo, a los cabildadores de la oposición pro-rusa o pro-americana.

Desde la revolución española, durante la cual el stalinismo dió por primera vez libre juego a sus potencialidades reaccionarias, acumuladas e inhibidas fuera de Rusia por largos años, las diferencias entre la derecha y los grandes partidos que aun se pretenden de izquierda ha ido borrándose. A tal extremo ha ocurrido así, que lo que hoy proyectan tales partidos para el futuro económico de España no representaría, realizado, sino la continuación de lo que inicia Franco. No se trata de un problema español, sino internacional. En España se insinuó claramente a partir de 1936; todos los sucesos mundiales han ido después confirmándolo, y en España mismo se replantea con mayor agudeza a partir de ahora, tanto en el aspecto económico como en el aspecto mas directo de la lucha política.

Despojándola de cantaletas propagandísticas, "la operación de saneamiento de la economía española" no es otra cosa que la subordinación completa de la misma a la economía del bloque occidental. La prensa del dictador ha anunciado que con la llegada a Madrid de una comisión presidida por H. William, gerente del departamento europeo del Banco mundial de Washington, "el plan de reforma económica entra en su segunda fase", la que el régimen, siempre trapacero, presenta como de expansión industrial y aumento del nivel de vida. Mas por el momento las industrias siguen despidiendo obreros por millares y reduciendo horas de trabajo a los restantes. Centenares de miles de obreros solicitan salir a trabajar al extranjero, y el nivel de vida proletario --dejando aparte los parados-- ha sufrido un bajón de 30 %. Mientras los altos jefes franquistas discuten el plan de inversiones con sus financiadores internacionales, la policía reprime a los obreros que de palabra u obra protestan, al mismo tiempo que se aumentan pagas a las instituciones represivas y a los técnicos, ese cuerpo que de no estar acoplado a la revolución se convierte, por su propia función y junto con las direcciones sindicales, en la policía de las fábricas.

Con la segunda parte de la operación económica, el franquismo espera revigorizar su poder decreciente y prolongarse como sistema político mas allá de la desaparición de su personaje. Nunca fué mayor el júbilo oficial. Por fin van a echarle el guante a la bolsa de los dólares y las beatas nulidades gobernantes podrán darse aires de constructores de un pueblo. Por fortuna para éste, los dólares llegan demasiado tarde a las manos codiciosas del "glorioso movimiento nacional". Lo mas sintomático de la "operación de saneamiento" es precisamente que sea emprendida cuando todo mundo, en España y fuera de España, adversarios y partidarios de Franco por igual, tiene la convicción de que el régimen se desmorona irremediabilmente. Las propias potencias tutelares del Banco mundial están convencidas de ello. El hecho de que tratan con Franco a pesar de todo y de que proyecten planes económicos para España nos da la clave de su intervención. Con Franco o con sus sucesores, la industria, los transportes y la propia agricultura deben ser puestos en condiciones de auxiliar eficazmente el esfuerzo de guerra occidental. Toda otra consideración, si existe, es subordinada y secundaria, cuando no mero gesto para la galería.

Quienquiera olvide los móviles de guerra de las medidas económicas o políticas sin cesar emprendidas en toda la redondez de la Tierra, se priva del criterio principal para juzgar la situación en cada país y mundialmente, y desde luego se coloca al margen del pensamiento revolucionario. Incluso hablando de paz y desarme, los dos bloques se preparan para la guerra. El intervalo de paz o guerra fría es puesto por ambos a contribución para ocupar posiciones económicas y estratégicas. Unas y otras se presuponen respectivamente, siendo cada día mas inseparables. Nadie que jure por Washington o por Moscú puede ser otra cosa que furriel del respectivo Estado Mayor. La mortífera compe-

tencia entre los dos jefes de bloque les fuerza a industrializar sus respectivos satélites, sin dejar por ello, sino muy al contrario, de atarlos económicamente lo mas corto posible. En los países dichos neutrales, los dos bloques compiten en zalamerías y ofrecimientos monetarios, taimadamente aprovechados por gobernantes y burguesías locales. Así, so capa de "ayuda financiera, técnica y cultural a los países subdesarrollados", se despliega la penetración de los dos primeros imperia-
lismos hasta en los últimos rincones del Planeta. Y mientras ^{mas} se habla de independencia y movimientos nacionales, de "comunismo" o de "democracia", mas estrecha y corrupta es la adaptación a los intereses de Washington o de Moscú.

Dicen esas dos metrópolis ayudar a los débiles cuando en realidad toman posiciones militares y hacen inversiones que les consienten acaparar mayor plusvalía, y pronto o tarde, según la intensidad de la "ayuda", dictar medidas económicas y políticas. Por su parte, los jefes de los movimientos nacionales de los países atrasados se presentan a sus pueblos como libertadores y modernizadores "progresistas" de la economía, cuando en realidad consolidan sus propias características de explotadores y déspotas, ofreciéndose al mejor postor de los dos bloques a cambio de mayor porcentaje en la plusvalía extraída a sus propios connacionales. Así corre en ambos bloques desde la cúspide a la base la prevaricación y la falacia demagógica.

Dentro de ese mundo venal y pre-bélico, el clericalismo esencial de los vencedores de la guerra civil hace de ellos siervos incondicionales del imperialismo americano, sin poder permitirse siquiera el doble juego fraudulento de un Tito o un Lumumba cualquiera. Guardando las debidas diferencias (secundarias, no obstante) la España de Franco ocupa respecto del imperialismo yankee una posición semejante a la de Bulgaria o la de Mongolia Exterior respecto de Rusia.

Durante veinte años de dictadura incontestada, el conglomerado iglesia-ejército-burguesía ha sido incapaz de realizar labor alguna positiva, trátase de economía, de organización social o de cultura. Ahora, precisamente cuando su ocaso es ya innegable, las necesidades de la guerra totalitaria vienen a darle un respiro y una esperanza. ¡Ahora! va a crear grandes industrias y modernizar el país. Al fin y al cabo, por qué la tradicional carca española no habría de echar mano de las engañifas progresistas como le han enseñado insistentemente tantos traidores a la revolución proletaria?

Ciertamente, Franco ya no engañará a nadie, aun en el supuesto inverosímil de que su caída se haga esperar largo tiempo y de que bajo su dictadura se alcance un importante desarrollo industrial. Inevitablemente, la aversión a su régimen irá tomando sesgo y amplitud cada vez mas revolucionarios, cualquiera sea la evolución económica. Pero otros sí pueden engañar en el futuro con igual señuelo industrializante y al socaire de banderías diferentes. Ese peligro es el mas grave, pues en realidad acecha desde casi todos los ángulos del cuadrante po-

lítico, y supondría la continuación de la misma "operación" económica.

"Socialistas" y republicanos --sin hablar de los monárquicos, que se consideran los legítimos herederos de Franco-- aspiran a modernizarnos y dar expansión a la economía nacional en general, para lo cual, aceptarán idénticas ayudas e hipotecas que Franco. Por su parte, el stalinismo, que no conoce otra orientación, se halla de antemano hipotecado por ayudas de origen distinto, pero aun mas agobiadoras. El descuella holgadamente sobre todos los demás en el terreno de la demagogia nacional-progresista, y con ello cuenta para irselos asimilando en cuanto se le presente ocasión propicia, cual ha hecho ya en numerosos países. Expresión exterior de un capitalismo de Estado centralizado como ninguno y cuyo imperio es hoy rival único del de los Estados Unidos, el stalinismo se considera destinado a imponer en todas partes el modelo ruso, y en cierto modo atina. En efecto, allí mismo donde él no consigue imponerse, acelera por su presencia y por su peso en la política internacional la marcha reaccionaria de la economía hacia el capitalismo de Estado. El mundo no conseguirá escapar a la aniquiladora invasión de éste --y eso a corto plazo-- sino por la revolución social. Poco importa que nos sea presentado, ya como socialismo o democracia popular, ya como libertad.

En fin, los propios grupos de oposición mas o menos verdadera recientemente surgidos en el interior (no me refiero a la de los trabajadores, que ha sido permanente y será también la oposición decisiva, sino a la de los intelectuales y una parte de la iglesia entregados a cábalas sucesorales) heridos en sus prejuicios nacionales por el atraso de España, sólo piensan en imitar a los rusos o a los americanos, y se verán al fin y al cabo absorbidos por unos o por otros.

Defendiéndose hoy contra Franco, el proletariado debe adoptar ante el problema una actitud, y prever soluciones que le consientan al mismo tiempo derribar la dictadura y chasquear a quienes cabilan imponerle, igual que Franco, una industrialización conseguida a sus expensas y contra él dirigida. Es mentira que el problema económico de España consista en ponerse a nivel de los países industrializados. El propio Franco ha utilizado ese camelo para justificar su dictadura y la miseria de las masas. No, el problema de España es el mismo que el de los países mas altamente industrializados: pasar de la actual esclavitud asalariada al modo de producción y de distribución socialista. Todas las premisas económicas, políticas y psicológicas requeridas están presentes en España y mundialmente. Alcanzar el nivel sea de los Estados Unidos, de Rusia o de Inglaterra no puede ser considerado como un paso progresivo siquiera modesto; se queda en un designio redondamente reaccionario. Cumplido, el resultado sería, para los trabajadores, un ritmo acelerado de productividad con salario relativo decreciente y absoluta carencia de derechos; para los explotadores --representelos la beatería tradicional, la "democracia" o la nueva beatería stalinista-- un despotismo omnimodo sobre la riqueza y sobre los hombres. El

único progreso real que cabe hoy ha de empezar en una distribución socialista de todos los productos del trabajo. A través de ella hallarán solución revolucionaria los demás problemas económicos, grandes o pequeños, y el desarrollo industrial, así trasmutado de condición y motor de la explotación en lo contrario, no conocerá límite, garantizando al mismo tiempo la plena libertad del individuo.

Los industrializadores son gente de la patronal o de mente patronal. Por mas que muchos de ellos se encuentren en la emigración o hasta en la cárcel, penan por constituir una patronal mas dinámica que la Franco. Una buena parte de éstos apuntan ahí a ciencia y conciencia, mas también quienes lo ignoren llegarían, coronado su propósito, a los mismos resultados. Todo obrero sabe instintivamente que sus necesidades son ganar cada vez mas trabajando menos, y disponer de la mas completa libertad política y de desenvolvimiento de su personalidad. Esa intuición, que expresa una necesidad apremiante, condensa el problema económico de España y del mundo, señalando al mismo tiempo su solución. Los industrializadores no sólo frustran de antemano ese apremio, sino que hacen proa en dirección diametralmente opuesta. Para ellos, el consumo de la masa trabajadora, de la sociedad en general, ha de subordinarse al desarrollo industrial. Lo nuevo en eso no es el hecho en sí, factor intrínseco inseparable del capitalismo, sino la estranguladora proporción que adquiere en manos de los industrializadores, cuyo tipo mas acabado, después de los grandes trusts mundiales americanos, ingleses, etc. es el capitalismo de Estado a la rusa. Máquinas, ciencia, gobierno y cultura enderezadas a la finalidad única de agarrotar los trabajadores (la sociedad) a los medios de producción. Tiempo de trabajo, productividad, salario, etc., impuestos dictatorialmente, y la producción exclusivamente dedicada a satisfacer el boato de la burocracia o la burguesía gobernantes, mas sus exorbitantes gastos de guerra y policía. Ninguna política industrializante tiene otro objeto, póngala por obra Franco o los secuaces de Moscú. Por eso hemos afirmamos que es reaccionaria de punta a cabo.

Además de por sus métodos de látigo totalitario, es también reaccionaria por sus posibilidades estrictamente industriales. En efecto, el monto de industrialización y modernización técnica que puede alcanzar, en el mejor de los casos, esa política, es despreciable al lado del que se conseguiría poniendo todos los instrumentos de trabajo, expropiados a burguesía o Estado, al servicio de las necesidades de consumo, cultura y libertad de los trabajadores. Sólo esa actitud es revolucionaria, y por eso nosotros llamamos los trabajadores a defenderse del franquismo y de sus futuros imitadores mediante consignas y procedimientos que los habiliten para tomar en sus manos toda la economía, el poder político, la distribución de los productos, las armas, etc.

Ni austeridad ni expansión, fases cíclicas de la misma economía capitalista. La fase "expansión", como ha dicho Alarma en su número anterior, no consiente a los trabajadores consumir un poco mas sino a

costa de mas horas de trabajo y de mayor rendimiento por hora, aumentando casi geométricamente los beneficios del capital. A la fase de "expansión" hay pues que responder, no mendigando un aumento de jornal pequeño o grande, sino exigiendo que todo el aumento de la producción pase directamente al consumo de los trabajadores. Existen, cierto, industrias cuya producción no puede ser consumida o utilizada sino por la alta canalla, no por los trabajadores; razón demás para exigir su conversión en industrias de consumo o de máquinas útiles al consumo total de la sociedad. A la fase de depresión y paro --austeridad, dicen los camándulas del franquismo-- hay que responder exigiendo: ningún despido, ninguna disminución del jornal medio mensual, impuestos únicamente para mantener los beneficios del capital. El número de horas de trabajo ha de ser proporcionalmente dividido entre el número de obreros, igualmente sin disminución de jornal medio, e incluyendo los solicitantes que por edad u otras razones no hayan trabajado antes. Realizarlo es superar definitivamente toda crisis y dar calle a la emancipación de la humanidad.

Por tal modo se reunen de manera continua táctica y estrategia para la defensa inmediata de los trabajadores y para el ataque a fondo de la sociedad de explotación, representenla los gobernantes actuales o cualesquiera otros potenciales. En ese marco hálan su verdadera solución todos los problemas económicos sin excepción, desde los mas rutinarios y urgentes hasta el magno problema de creación de una sociedad socialista mundial.

ALARMA

oooooooo

"Para defenderse contra 'la culebra que les atormenta', es necesario que los obreros no constituyan mas que una sóla cabeza y un sólo corazón; que mediante un esfuerzo colectivo, mediante una presión de clase, levanten una barrera infranquable, un obstáculo social que les preserve, a ellos y a su progenie, de venderse al capital por contrato 'libre', hasta la esclavitud y la muerte".

Carlos Marx en El Capital

Correspondencias de España

G A N A S D E L U C H A

La compañía en que estoy haciendo el servicio militar (fuera del regimiento) consta casi 150 hombres. Al llegar yo, en el primer reemplazo de este año, había un capitán que dentro de lo malo se podía tolerar... Cuando se fué con permiso no volvió y mandaron a otro en su puesto. Este fulano es un golfo empedernido, y no es que le diga yo, sino que todo el mundo se da cuenta. No se ocupa de la tropa lo mas mínimo. Todo el día anda juergueando de cabaret, y si esto nos conviene porque para la indisciplina es formidable, en cambio nos hace la pascua, porque el tipo no se ocupa siquiera de si nos dan de comer, ni de la ropa que necesitamos.

Aquí hay hombres de todos los oficios y de muchas provincias, como siempre en "la mili"; hasta un estudiante que no ha querido aprovechar el privilegio que el régimen le concede, que se ha hecho amigo mio, y que ha actuado junto conmigo y otros en todo lo que voy a decir. Todos teníamos (y tenemos) que hacer un mismo trabajo muy rudo y en el sitio donde estamos el tiempo era insoportable cuando sucedió lo que voy a contar. El trabajo se hacía a la fuerza, claro, pero la hostilidad de la gente era tremenda y nosotros supimos aprovecharla.

También hay aquí un teniente, un brigada y un cura tan golfos y chulos como el capitán, pero entre ellos se entienden. El teniente es el que hace de mandón, ya que el capitán no asoma casi nunca por aquí, y es tan tirano y tan burro que no sabe nada de nada, como no sea hablar de disciplina y mandar trabajar como aquellos que mandaban trabajar a los negros con un látigo. Un día lo cogí como si fuera por casualidad delante de unos treinta compañeros y le hablé muchas cosas. Aunque quisiera no podré contarlas todas.

Empecé diciéndole: "Mire, mi teniente (hay que tratarlos así, eh!) ustedes no pueden exigir trabajo como lo están haciendo. Entre el personal hay una disconformidad muy peligrosa para ustedes. Yo, en bién de ustedes le advierto que a mis oídos llegan las frases mas claras que a los suyos.... Para exigir trabajo, ya que nos fuerzan, tendrían ustedes que tener en cuenta, por lo menos, si la comida es suficiente, si tenemos bastante ropa de cama y trabajo y si el tiempo permite trabajar, pero ustedes no piden mas que trabajemos. Usted, igual que el capitán y el cura, comen a dos carrillos y se divierten

de lo lindo. Y en que trabajan? Ustedes trabajan mandándonos trabajar a nosotros.

Contestó sorprendido, pero menos furioso de lo que yo esperaba: "Bién, bién, ya hablaré con el capitán a ver qué dice". Nadie se habría atrevido a decirle las cosas en la forma en que yo se las dije, y te aseguro que le dije mucho mas de lo que escribe, tratándolos casi de ladrones; los compañeros que escuchaban se maravillaron y entusiasmaron. Pero continuamos en las mismas, sin comer mas que porquería y sin mas ropa.

Dias despues acordamos no coger el pan si nos lo daban duro como todos los dias. Pero algo supieron, porque a la entrada del comedor se pusieron el cura y el sargento dando el chusco. Se cogió el pan, pero sin hablar, solo por "señas", todos lo pusimos encima de la mesa, sin tocarlo. Luego trajeron las perolas, las colocaron en las mesas pero nadie se atrevía a servir como es costumbre.

Entonces empezó el jaleo y llegó el momento de demostrar donde estaban los hombres. Fueron a llamar al capitán, y éste, como sospechas, cuando llegó empezó a asustar al personal, abusando de muchachos de veinte años y del miedo a los tribunales militares.

Aquel día teníamos sopa de arroz, garbanzos y japuta. Porque lo mandaron el sargento y el cura se sirvió en los platos, pero sin probar nada se volcó otra vez en la perola. Entonces llegó el capitán y pidió una explicación de lo que pasaba. Como nadie se atrevía a dársela, salté yo:

- Mi capitán, yo quiero explicárselo en nombre de todos, ya que todos se la podríamos dar igual, puesto que desde el principio nadie fué conforme en coger el pan. Y empezamos por no coger el pan porque en intendencia hacen todos los dias pan y nosotros siempre lo comemos duro. Como se nos forzó a coger el pan estando todos convencidos de que no debíamos hacerlo, nadie se atrevia a servir la comida porque es demasiado mala y mas cuando hay que trabajar como se está haciendo.

- Hombre, tendrá usted queja del trabajo que hace, usted, que se limita a estar en el teléfono.

- Yo ya le dije que en este caso hablo en nombre de todos.

Entonces saltaron cinco compañeros y me ayudaron confirmando el exceso de trabajo que había y lo intragable de la comida. Entonces dijo el capitán, que sabía muy bién la culpa que tenía:

- El pan es duro porque el camión no puede ir a buscarlo todos los dias a la base.

- Pero todos sabemos que si va -- le contestamos.

Como sabía él muy bién que no podía negarlo y temiendo ya que le

preguntásemos a donde iba a parar el pan tierno, cambió de conversación casi amable:

- Vengan, vengan ustedes a probar el rancho, porque es que ni lo han probado. Que tal está?

- Esto no se puede tragar, y eso que hoy es algo mejor.

- Ya hombre, ya.... pero es que no hay presupuesto para mas. Todo lo que recibimos se gasta en la comida.

- Bueno, pues si usted mismo reconoce que el rancho es malo, como cree que vamos a comerlo nosotros?

- Yo ya hice todos los posibles por conseguir mas presupuesto, pero el coronel dice que no puede dar mas.

Todos los seis más que probaron el rancho dijeron lo mismo haciendo muecas de asco. Entonces, rabioso, nos mandó sentar y le ordenó al brigada, en voz alta, que nos servieran el rancho otra vez. Entonces todos empezamos a aporrear los platos con las cucharas y a gritar:

- No queremos, no, no queremos, no-o-o-o!

Entonces le mandó al brigada que tomara nota de los "cabecillas del motín", como dicen ellos. Pero la gente gritó enseguida espontáneamente:

- No hay, no hay; todos, todos, todos! -- repitiéndolo así muchas veces.

A mi me emocionaba cómo respondía el personal. Parece mentira, una cosa sin organización y que bien salió. Es que la gente está harta de tanto pillo y de tanto despotismo. Se llevaron una buena bofetada. La comida allí se quedó. Luego, el capitán y el cura, que son muy amigotes, nos llamaron a los que la habíamos probado y dicho que era un porquería. Por un lado nos trataban de cabecillas de motín, amenazándonos con el consejo de guerra y por otra parte se deshacían en explicaciones sobre el rancho, disculpándose ellos y todos los suyos. Hasta querían que fuéramos a examinar los libros de cuentas, para que viésemos que todo el dinero se gastaba en el rancho. Nos negamos, diciéndoles que los libros están en todas partes bien y que sin embargo el dinero se cuele siempre para otros bolsillos, porque una cosa es la factura y otra lo que ellos pagan. Yo le tiraba con ganas al cura, que con la sonrisa de los suyos era todavía mas hipócrita que el capitán.

Ahí quedó la conversación y aunque nos prometieron que no darían parte, enseguida fueron a "chivarse" al coronel y volvieron poniéndonos la cosa feísima, diciéndonos que el coronel quería los nombres de los cabecillas, y si no salían, los de diez hombres a sorteo. Entonces yo le pregunté si no le parecía una brutalidad ese método del

sorteo, y le repetí que cabecillas no los había. Otra vez, por sorpresa, la gente se puso a gritar:

- Todos, todos, ni cabecillas, ni diez!

Bueno, que nos cogieron miedo y hasta un poco de respeto, no solo porque teníamos demasiada razón, sino, lo mas seguro, porque se sentían culpables y tuvieron miedo a una inspección de verdad. Pero a mi no me la perdonan y aprovechan cualquier falta ligera a "la disciplina" para fastidiarme. Así son de bajos y ruines. Ya me han castigado varias veces y no estoy seguro de que no me "empaqueten" antes de que me toque licenciarme. Pero no pierdo ocasión de echarles en cara que se toman una venganza pobre. Así es nuestro ejercito nacional. Pero la gente, te aseguro, está que no se aguanta de ganas de acabar con ellos. Es formidable. Aguanto los castigos porque estoy contento y hasta orgulloso.

M. Gubia

oooooooooooo

LA COEXISTENCIA DE RUSIA

"Por cuarta vez en pocos meses, la revista Kommunist, órgano teórico del P.C., publica un gran artículo sobre la paz y la coexistencia". (Le Monde, 18-9-1960). El artículo dice que no es necesaria la guerra mundial para la realización del socialismo.

Una guerra mundial sería hoy una catástrofe para la lucha de clases, puesto que no hay suficientes organizaciones revolucionarias para volverla en guerra civil internacional. Esa era la táctica de Lenin frente a una guerra imperialista. Para él el proletariado internacional debe luchar contra sus respectivos capitalismo, ejércitos, Estados, y contra todo organismo mantenedor del Estado capitalista. A esa transformación en revolución de la guerra imperialista, que puede ser espontánea, los que mandan hoy en Rusia le tienen miedo y por eso hablan de coexistencia pacífica.

Como siempre deformando la verdad, el órgano del P.C. dice: "Solamente los locos pueden desear una catástrofe tal como la guerra para hacer triunfar el socialismo en el mundo". Y afirma el periódico: "Los partidarios de esta tesis interpretan de una forma errónea la concepción leninista de la coexistencia pacífica, que se aplica a los Estados y no a las clases".

Lenin nunca propagó la idea de la coexistencia pacífica, de ninguna de las maneras. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y los Estados capitalistas les propusieron entrar en la Sociedad de las Naciones, Lenin respondió: "Yo no puedo pactar con una guarida de ladrones. Mi deber es ayudar a los militantes revolucio-

narios de vuestros países para que realicen la revolución social".(1)

El órgano de Moscú dice que la coexistencia no significa la paz de clases sino de Estados. Pero para Lenin, la existencia del capitalismo lleva obligatoriamente consigo la necesidad de guerra, y la subsistencia del Estado presupone la del capitalismo. En un país socialista no puede haber un Estado como en un país capitalista. La sociedad socialista --o la de transición al socialismo-- está regida por comités obreros, y éstos no pueden desear de ninguna manera la coexistencia pacífica con ningún Estado que sea el Estado capitalista. Todo lo contrario, el sistema socialista debe en todo momento luchar contra todo sistema capitalista hasta lograr la supresión total de clases y Estados. Pero no por la guerra de Estado a Estado, sino por la acción internacional del proletariado contra todos los Estados, lo que el gobierno ruso de hoy no puede hacer sin sublevar a su propio proletariado. Los que en su campo hablan de guerra llevan las mismas miras que él hablando de convivencia: realizar, no el socialismo, sino el reparto imperialista del mundo.

Rusia es hoy también un Estado capitalista. Su sólo diferencia es que el capital no es privado, sino que pertenece al Estado mantenido por burocracia, ejército, policía e iglesia, organismos que nada tienen que ver con el poder obrero.

La verdadera revolución social está por hacer hoy desde Moscú hasta Washington, tan capitalistas el uno como el otro.

F. Foix

o o o o o o

MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES

A nosotros, los obreros, nos ha cuasado extrañeza que por causa de la declaración de los 339 curas vascos se haya armado tanto revuelo entre los intelectuales, y en la prensa, no sólo en España sino en el extranjero.

Dicha declaración ha sido vista, en los medios obreros, con indiferencia, cuando no con bastante desconfianza. Se oye decir: "Cuando la iglesia se mueve es que sus asuntos no marchan como ella quisiera".

Es admirable que todas las corrientes que se titulan liberales o demócratas coincidan siempre que se trata de desviar la lucha por caminos opuestos al trazado ya por el pueblo (téngase en cuenta la serie de huelgas, que cada vez va tomando mas amplitud en todo el país).

Sin subestimar el gesto de los 339 curas vascos ni ironizarlo,

(1) Véase cualquier texto de Lenin de las viejas ediciones (Las que hoy vienen de Moscú están deformadas). Nunca habla de coexistencia pacífica.

nadie que sienta o piense un poco contendrá la necesidad irresistible de criticar su documento. Señores curas: el oportunismo de ustedes resulta descarado. Ustedes se han percatado que la joven generación española demostró en todo momento en que tuvo ocasión que la propaganda franquista, la mayoría de las veces transmitida por la iglesia de ustedes, no ha sido bastante hábil, aunque muy machacona, para embrutecer a esa juventud que ustedes pretenden salvar.

Resulta inconcebible que en el documento redactado por ustedes se lea: "He aquí una de las causas fundamentales del abismo que día a día se abre entre nosotros y las almas cuya custodia nos ha sido confiada. No es otra que la contradicción existente entre la doctrina católica sobre la persona humana y su incumplimiento por el régimen que oficialmente se dice católico y al que presta su apoyo decidido la jerarquía católica española".

Ustedes pueden tratar de salvar la fachada del cristianismo, pero la verdad es que Franco no hace ni más ni menos que lo que el Vaticano le ha autorizado a hacer en nombre de la doctrina y de la iglesia católica. Después de la firma del concordato entre Franco y Pío XII, el régimen franquista concede a la iglesia privilegios que no tuvo ni bajo el negro reinado de Felipe II. Pues bien: Franco y la jerarquía católica española solamente hacen lo convenido entre ambos.

Y hablando de contradicciones, ustedes se quedan en el comienzo. Saben muy bien ustedes que Pío XII, el Papa de ustedes, declaró la "gesta" franquista cruzada santa, y si eso no fuera suficiente, ese mismo papa, dirigiéndose a las divisiones nazis y fascistas les encomendó luchar contra el comunismo y por la civilización cristiana. Exactamente las mismas palabras de Franco, repetidas en todos sus discursos. Nunca las consignas del Vaticano encontraron mejor ejecutor que Franco. En qué momento entra la contradicción? Hay identidad entre el pensamiento del papa y el de Franco; luego entre sí no se contradicen. Por consiguiente, "la contradicción existente entre la doctrina católica sobre la persona humana y su incumplimiento por el régimen" no existe. No hay tal contradicción, a menos que el papa no represente la doctrina católica.

En cuanto a ustedes, nos gustaría saber qué pensaban en los años 1939-1947, período en el cual se calcula fueron asesinados 100.00 hombres en España, en nombre de la "santa cruzada". Todo el mundo sabe que el delito cometido por esos seres fué querer ser libres, fué el de defender la libertad y la dignidad de la persona humana.

Sí, a ustedes lo que verdaderamente les alarma y les produce pánico es "el abismo que día a día se abre entre ustedes y el pueblo". Pero, qué casualidad! que se percaten de tal abismo en el momento en que el pueblo lucha por su cuenta para defender sus intereses, lucha que lo enfrenta a la opresión bajo todas sus formas, iglesia comprendida. A nadie, y en particular a los españoles, le es desconocida

la naturaleza de la iglesia que ustedes quieren salvar. En España sabemos que la palabra del evangelio va unida principalmente a la idea de sumisión. Cristo lo definió al decir: "Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". Pues bien, el César, en la persona de Franco, se cobra lo que dios le autoriza a cobrarse. Y dios, en la persona de la iglesia, se apodera de lo restante. Y despues de repartido el botín, lo único que se nos deja es sufrir la explotación.

Veinte años en que la civilización cristiana tiene la exclusiva en España, es mas que suficiente para negar rotundamente que por medio de su moral y justicia se puedan resolver en España los problemas existentes. Pues mal que les pese a los curas vascos, el principal causante de la catástrofe de España son esos mismos principios de "moral" y de "justicia".

En España o en cualquier parte del mundo donde se entable la lucha por la emancipación del hombre se tendrá que aceptar la transformación de la sociedad. Para la realización de tal empresa, los quejidos de púlpito nada sirven.

R. Aro

o o o o o o o

A V I S O S

1º Recibir ALARMA no entraña ninguna responsabilidad respecto de las autoridades franquistas. Este boletín es remitido a numerosas personas sin liga alguna con nosotros, y sin que lo hayan solicitado.

2º Enviésenos toda clase de informes susceptibles de servir a la lucha contra el régimen: sobre huelgas, manifestaciones, acción policíaca, protestas públicas, estado de espíritu de los trabajadores en las fábricas y de la población en general. También publicaremos artículos críticos o sugerencias.

Puede hacerse el envío de dos maneras:

Directamente a nuestra dirección depositándolo en localidad diferente de la de residencia, o

Por intermedio de tercera persona residente en el extranjero.

La colaboración de los hombres que viven directamente bajo la opresión y se debaten contra ella, es preciosa.

3º Enviaremos Alarma (España) a todas las direcciones que nos sean suministradas.

Tenemos a la venta un reducido número de ejemplares de los siguientes folletos:

Nous disposons d'un petit nombre des brochures suivantes:

Precio - Prix

1) - Los revolucionarios ante Rusia y el
stalinismo mundial, por G. Munis
Impreso 250 francs

Version française:

2) - Les révolutionnaires devant la Russie et
le stalinisme mondial, par G. Munis
Imprimé 250 francs

3) - El Socialist Workers Party y la guerra
imperialista, (defensa del derrotismo
revolucionario, de donde parte nuestra
ruptura con la IV Internacional)
Impreso 350 francs

4) - Explicación y llamamiento a los militan-
tes, grupos y secciones de la IV Interna-
cional (donde se da cuenta de nuestra rup-
tura con la IV Internacional)
Policopiado 300 francs

5) - Cuatro mentiras y dos verdades (políti-
ca rusa en España) por G. Munis
Policopiado 300 francs

6) - U. H. P. - Octubre en el proceso de la
revolución española
Policopiado 300 francs

G I R O S :

N i c o l e E S P A G N O L

Compte Chèque Postal Paris, 16-541-52.

LA RUMBA DE FIDEL CASTRO

"Somos árbitros de la paz del mundo" -- han dicho reiteradamente y con satisfacción ominosa el primer líder cubano actual y varios de sus segundones. No habla un gobernante ruso ni un estadounidense, en cuya boca tales palabras serían más lógicas, si bien igualmente abyectas. No, esas palabras vienen de los gobernantes recién estrenados de una pequeña isla que apenas puede ser considerada una nación, y cuya riqueza total es en realidad desdeñable tanto para Estados Unidos como para Rusia. Y sin embargo, sí, Fidel Castro, reventando de contento por su importancia, es árbitro de la paz del mundo. Un sólo gesto suyo y decenas, centenares de millones de personas serán destrozadas o desintegradas por las armas nucleares... si en el último instante Khrutchev no deja a su Fidel en la estacada.

Nada mejor que esas palabras para poner de relieve la repulsiva situación del mundo y los móviles de quienes pueden pronunciarlas, haganlo o no. Fidel Castro está muy lejos de tener esa exclusiva. Por decenas se cuentan quienes pueden gloriarse de lo mismo en Asia, África y en la propia Europa. Por virtud de qué todos esos personajes de ocasión adquieren tan amenazadora importancia? No ciertamente por necesidad de las masas explotadas, del pueblo que ellos gobiernan, sino por las exigencias de guerra de los dos grandes rivales. El mundo vió la revolución rusa de 1917. No sirvió de acicate a la guerra en curso, sino que precipitó su fin, dando origen a un impetu mundial de revolución social. Ha visto también, en 1936-1937, el período más álgido de la revolución española. Lejos de desencadenar la segunda guerra mundial que estaba a punto de estallar, o siquiera de caldear su ambiente preparatorio, la aplazó, y todas las futuras potencias contendientes contribuyeron a aplastar la revolución, la primera Rusia, ya hecha capitalismo de Estado por Stalin y los suyos.

Si los barbudos de Fidel Castro arrastrasen una revolución, cual se desgañitan en decir, Moscú y Washington habrían coincidido contra ellos de la misma manera que coincidieron, en 1936, contra los revolucionarios españoles. Donde dos imperialismos riñen por una presa, es que el proletariado está inmóvil o aniquilado. Hace muchos años que las cosas están perfectamente definidas en el mundo, y es fácil saber a qué atenerse. Solicitar u obtener espontáneamente la ayuda de la Rusia actual, es un signo tan netamente anti-revolucionario como el de la protección de Washington.

Lo mismo puede decirse de la bullanguera propaganda "popular" o "marxista" jerga moscovita. Su adopción es prueba suficiente de ideas e intenciones no revolucionarias. Esa fraseología es la que ha servido al stalinismo para aniquilar la revolución proletaria en Rusia y dondequiera ha tenido posibilidades de triunfar, así como para extender su imperio como capitalismo de Estado a gran número de países. Haciéndole eco, los dirigentes cubanos declaran: "La democracia repre-

sentativa está superada". Y definen su régimen, claro está, como "democracia popular", con gran júbilo de Moscú y no mas susto de Washington que el de la aprensión de ver a Cuba convertida en un sólo Guantánamo ruso tan vecino a Cabo Cañaveral. El régimen de los barbudos no le ofende de por sí, mal que pierdan algunas compañías, pues la hostilidad de fondo entre el departamento de Estado y Castro no es política ni económica; es militar. Y por ahí, lo mismo que empezó, podría acabar.

Pero volvamos al carácter del régimen. Sabido es que también Franco gusta repetir que la democracia representativa está superada, adaptando a sus particulares intereses una falsificación que Stalin y Hitler pusieron en circulación casi simultáneamente. Lo que está superado es la sociedad capitalista en general, cualesquiera sean sus modalidades políticas y económicas. Mas la revolución social o democracia obrera ha de caracterizarse por un sistema democrático representativo infinitamente mas verdadero que el parlamentarismo liberal. Y esa democracia superior no puede organizarse sino a partir del momento en que la economía, el poder y las armas estén en manos de los trabajadores. Nada de eso han hecho, ni lo consienten, Fidel Castro y los suyos. La economía va al Estado, afianzándose como economía capitalista cuyos beneficios pasan a disposición de los nuevos gobernantes, el poder se lo han apropiado estos mismos, sin participación alguna de las masas, y las armas, nunca poseídas por los trabajadores, empiezan ya a servir contra ellos. Lejos de superar la democracia parlamentaria, el nuevo régimen es una recaída en la dictadura militar, y por consecuencia también policiaca. Para ocultar ese hecho recurre a la ya vieja mentira de la "democracia popular". El marxismo es absolutamente incompatible con semejante charlatanería, tan reaccionaria como cualquier otra. Los trabajadores cubanos la experimentarán en sus costillas y pronto no sabrán distinguirla de la de Batista.

Es igualmente un disparate hablar de revolución burguesa en Cuba, donde todo lo esencial de la sociedad capitalista está ya dado. Además, la revolución burguesa no tiene, en la hora actual, posibilidad de realizarse en ninguna parte del mundo. La única manera de marchar hacia adelante es la revolución social, aun en zonas much mas atrasadas que Cuba. Sin ese paso, una sacudida social desemboca por fuerza en uno de los dos polos de la reacción capitalista mundial: el ruso o el americano. Lo estamos viendo no sólo en Cuba, sino constantemente en diversos países del mundo. Castro y los suyos prolongan la opresión de las masas y les preparan nuevos sufrimientos. El anti-imperialismo se revela falso y en bancarrota en todas partes, porque para ser efectivo ha de ser una de las medidas de la revolución proletaria.

La aversión al imperialismo yankee y ^aquién lo representaba en Cuba, Batista, concedía a Castro y los suyos un crédito de confianza pletórico de posibilidades efectivamente revolucionarias. Se hubieran po-

dido realizar grandes cosas en todas las Antillas, en México, América Central y del sur; incluso se hubiera podido suscitar una gran movimiento revolucionario en el proletariado estadounidense. Pero era necesario que los oprimidos ejerciesen realmente el poder y gestionasen la economía, única manera de merecer el apoyo del proletariado mundial. Incapaz de orientarse en tal sentido, ciego para las necesidades históricas mas urgentes, Fidel Castro ha preferido la amistad de la contrarrevolución rusa. Aun podrá engañar a incautos, sobre todo fuera de Cuba, pero necesariamente desengañará. Carente de principios revolucionarios, se limita a bailar, entre dólares y rublos su rumba de nuevo rico satisfecho. Donde quiera que al fin recale, quedará como un capitán de fortuna izado a la fama por la rivalidad de los dos primeros imperialismos. Aventurero con suerte incapaz de elevarse al cometido que espontáneamente le ofrecía la historia, se revelará, y sin tardar mucho, Nobutu o Kadar.

G. Munis

+ + + + +

OCTUBRE ROJO EN EL PROCESO DE LA REVOLUCION ESPANOLA

En la frondosa selva de experiencias políticas que constituye la revolución española, la insurrección y huelga general de octubre de 1934, cuyo aniversario conmemoramos en este número de Contra la Corriente, (1) tiene una importancia primerísima. Dar, en un sólo artículo, un análisis completo de la experiencia de Octubre, resulta imposible. Intentaré hacer ese análisis completo en una obra dedicada al estudio de la revolución española (2). Aquí me ceñiré a presentar un aspecto, el mas importante sin duda, de aquellas jornadas.

En el transcurso de la década 30, el proletariado y los campesinos españoles ofrecieron numerosas oportunidades de llevar a término la revolución, una de las principales, el año 1934. Su fracaso, bien que no decisivo, grabó las masas con sacrificios inmensos; sus enseñanzas, incomprendidas, permitieron a los dirigentes infligir a la revolución la gravísima y cruel derrota de la guerra civil.

El advenimiento de la república produjo una abundante floración de prejuicios democráticos, poderosamente fomentados por el pensamiento y la conducta pequeño-burgueses del Partido socialista. Pero bien pronto, las masas identificaron el caracter de clase de la República. Desencadenó sobre ellas una represión de violencia sin precedente en tiempos del reyezuelo, protegió a latifundistas, monárquicos y reaccionarios en general; suprimió o limitó cuanto pudo las libertades democráticas; persiguió a los revolucionarios, aumentó el número de guar-

(1) Fue publicado este artículo en octubre de 1943 en la revista Contra la Corriente, de donde lo reproducimos.

(2) Jalones de derrota: promesa de victoria. México, 1948

días civiles y creó, con la guardia de asalto, una nueva institución represiva; lanzó a ambas contra obreros y campesinos, y dedicó lo más perverso de la legislación de las cortes constituyentes a sabotear y desarticular el movimiento obrero. Todo ello con la anuencia y la colaboración directa del Partido socialista, tanto en el gobierno como en el parlamento constituyente. Y a veces, la iniciativa de las leyes represivas, cual la de asociaciones, procedía del seno mismo del Partido socialista.

La república misma se encargó de hacer comprender a las masas que no era, en esencia, un régimen diferente de la monarquía. Aprendizaje de gran valor positivo si las masas hubiesen encontrado un conducto orgánico por el que verterlo en acción revolucionaria para sus propios fines. Faltó esa condición. El anarquismo, en pleno paroxismo apolítico, rechazaba toda acción que no le perteneciera exclusivamente, renunciando así a ganar las masas atadas al reformismo. De tiempo en tiempo se dedicaba a preparar insurrecciones suyas también, es decir "putschs" desconectados de las masas y de la correlación general de fuerzas existentes en el país. El resultado práctico de la acción anarquista desorganizaba y debilitaba el movimiento obrero y campesino. Por su parte, el Partido "comunista", ya totalmente infeudado a la burocracia de Stalin, aportaba un grano más a la laxitud de las masas, mediante sus particulares mejunjes políticos. Teóricamente, había roto ya con el principal objetivo político del marxismo: la toma del poder por el proletariado. Patrocinaba en su lugar una "dictadura democrática del proletariado y los campesinos" (distorsión esterilizada de la consigna abandonada por Lenin en 1917) que negaba hipócritamente el carácter socialista de la revolución. Prácticamente, el partido stalinista se cortaba toda posibilidad de aproximación a las masas mediante un sectarismo exacerbado obediente a "la línea" de Moscú. Cuantos han vivido aquellos días recuerdan el trato ultimátista y calumnioso que daba a las masas agrupadas en las organizaciones socialistas y anarquistas: socialfascistas, anarcofascistas con quienes era imposible establecer un frente único de lucha de organización a organización. Entre unos y otros, las masas, en lugar de evolucionar a izquierda como lo permitía su decepción de la república burguesa, quedaban estancadas y a merced de los mismos líderes socialistas que causaban su decepción. La radicalización que no pudo producirse por

la acción deliberada del anarquismo o de otra organización, hubo de encontrar una válvula de escape en la social-democracia misma. La situación internacional ayudaba a ello. Hitler acababa de subir al poder. En Austria se precipitaba una rápida evolución hacia el fascismo. En Francia y España surgían aspirantes a "führer". En Europa central y balcánica cundía la reacción filofascista.

La socialdemocracia, que veía escapársele los puestos y canongías de que disfrutaba por su tradicional sumisión al capitalismo, sintió necesidad de defenderlos. Necesitó recurrir a las masas con un lenguaje radicalizante, si bien en el fondo totalmente exento de propósitos

revolucionarios. Trataba solamente de impedir la desaparición de la democracia capitalista, de la cual sus dirigentes eran colaboradores y funcionarios cómodamente retribuidos. En toda Europa, la Segunda internacional fué sacudida por esa necesidad de defenderse. A la situación internacional se añadía la particular de España, donde la reacción filofascista ganaba terreno y los socialistas corrían el peligro de ser definitivamente despedidos. Miel sobre hojuelas. El esfuerzo de lucha de la socialdemocracia tenía que ser mayor en España, por ser mas directo el peligro. Así sucedió, en efecto.

Convirtiéndose en exponente de la defensa, Largo Caballero llegó a hablar de la superación de la democracia burguesa y de la necesidad de instaurar la dictadura del proletariado. El eco formidable que suscitaron las palabras de Caballero prueba hasta qué punto el proletariado y los campesinos, sufrida la experiencia de la República, estaban maduras para llevar adelante su ofensiva por la revolución socialista. La necesidad histórica existía; incapaces de aprovecharla anarquistas y comunistas, irrumpió, como una catarata represada, por la brecha de la reilumbrona radicalización socialista. Ciertamente que para ésta no se trataba de un movimiento real por la revolución proletaria, y que su máximo alcance era obligar nuevamente a la burguesía a admitir la colaboración socialista. Sin embargo, para las masas lo que contaba era la promesa de revolución social. Apenas vieron ante sí una perspectiva de luchar por algo mejor que la democracia burguesa, su laxitud desapareció casi de la noche a la mañana. No se debía, en realidad, sino a la incapacidad de todas las organizaciones obreras para orientarlas a la lucha.

El bloque electoral de la derecha filofascista, ayuntada a los "republicanos históricos" de Lerroux-Martínez Barrio, logró, gracias a la ley electoral votada por los socialistas, la mayoría de la nueva cámara en las elecciones de noviembre de 1933. Pero el movimiento de masas creció vertiginosamente, auxiliado por un cúmulo de declaraciones radicalizantes del Partido socialista y de su juventud. En el parlamento, la minoría socialista, por boca de Indalecio Prieto, se comprometía "a desencadenar la revolución". Algunos alijos de armas descubiertos por la policía aumentaron los temores de la burguesía, asustada por el grandioso resurgir revolucionario, pero confiante, sin embargo, en que el miedo de Partido socialista a la revolución resolvería todo en humo de paja.

La reacción acertaba. Las masas están en un peligro, pero no había mucho que temer del reformismo. Apenas reavivada la clase obrera, el partido socialista comenzó a poner freno a sus movimientos, tratándose de reivindicaciones políticas o puramente económicas. Forzado a dar a su marcha cierta apariencia revolucionaria, el Partido socialista aceptó contactos con otras organizaciones obreras, a lo que se había negado sistemáticamente antes. Pero los contactos estuvieron muy lejos de representar un frente único de lucha. Las Alianzas Obreras, organismos resultantes de ellos, redujéronse a pequeños comités de enlace

con una mayoría socialista inalterable, dada su composición burocrática, y por lo mismo separados totalmente de las masas. En una declaración pública, Largo Caballero hizo referencia a las Alianzas diciendo que su misión histórica "puede ser tan importante, cuando menos, como la de otros organismos en otro país". En la práctica cotidiana, los representantes socialistas en las Alianzas dedicaban todo su empeño burocrático a impedir que se convirtiesen en soviets, o sea, en los organismos de poder obrero a que tan esotéricamente aludía Caballero.

Se recordará que a las Alianzas se habían negado a pertenecer el stalinismo y el anarquismo. Este último llegó a formar parte de ellas únicamente en Asturias. La Alianza de Madrid estaba constituida por representantes socialistas (Partido, Juventud y U.G.T.), un representante de la Izquierda comunista y otro del Partido sindicalista. Mas tarde, la Federación tabaquera (autónoma) envió su representación. Debido a la desproporción numérica entre las organizaciones socialistas y las otras, éstas permanecían necesariamente en minoría. Había dos representantes del Partido socialista, uno de la Juventud, dos de la U.G.T. y uno sólo de cada una de las organizaciones no socialistas. El máximo de variación que una votación sobre cualquier problema podía arrojar era cinco contra tres. De hecho, los delegados de la Izquierda comunista y del Partido sindicalista fueron siempre prisioneros de los socialistas. Representados éstos por burócratas reformistas enteramente petrificados, de la categoría de Manuel Albar y Henche, todos los razonamientos sobre conveniencias revolucionarias se estrellaban contra su estrechez peculiar. Por medio de su representante madrileño, la Izquierda comunista se esforzó en sacar las Alianzas del estado comatoso a que deliberadamente las reducían los socialistas. Quiso convertirlas en organismos que tomasen la dirección de las luchas de masas contra la reacción y darles una estructura democrática susceptible de llevar a ellas representantes directamente elegidos por obreros y campesinos. No existía otra manera posible de transformarlas en órganos de poder, ni tampoco de desarrollar la ofensiva de masas, cual requería indispensablemente el éxito de la futura insurrección. Era, por otra parte, indispensable poner entre la espada y la pared a anarquistas y stalinistas, que por diversas razones se obstinaban en rechazar las alianzas. Poniendo estas en el centro de la lucha de clases, se hubiesen visto obligadas ambas organizaciones a ingresar en ellas o desintegrarse. La mayoría de la base anarcosindicalista simpatizaba con las Alianzas. Pero el muro burocrático socialista rechazaba invariablemente todas las iniciativas en tal sentido, la mayoría de ellas provenientes de la Izquierda comunista.

En realidad, los socialistas no querían ni órganos de poder obrero ni movimiento ofensivo de masas. Sus deseos parecían perfectamente satisfechos con la tensión política existente. Ponián a contribución toda su fuerza orgánica y su capacidad de argumentación para tra-

bar las luchas obreras y campesinas. A tal efecto, inventaron una teoría de la insurrección digna del premio Nobel de la estupidez: "Nada de movimientos parciales", nada de "gasto de energía"; las huelgas, las demostraciones, son inútiles, perjudiciales. Todo el mundo a callar, obedecer y aguardar a que los novísimos estrategas socialistas den la orden de insurrección. El conspiracionismo utópico y romántico del siglo XIX encontraba en los recién radicalizados dirigentes una grotesca caricatura. Armados con ese argumento, dándose aires de conspiradores de sítano, los socialistas impidieron crecer al movimiento de masas, sabotearon y llevaron a la pérdida huelgas de triunfo fácil e importante para el porvenir del movimiento, produciendo en las masas desconfianza e incluso desaliento y rompiendo el equilibrio revolucionario entre el campo y la ciudad. Para ilustrar lo funesto de la táctica socialista (en realidad cálculo político perfectamente medido) me referiré rápidamente a la principal de las huelgas saboteadas y llevadas a la derrota: la huelga campesina de julio.

Consciente o inconscientemente, la Federación de Tratabajadores de la Tierra había elegido para declararla el mejor momento, tanto considerado desde el punto de vista económico como político. Los apremios de la siega permitían escasa resistencia a los patronos; la tensión y capacidad de lucha entre los jornaleros había llegado a su punto álgido; el campo no podía esperar sin batirse en retirada ante los patronos y sufrir la desorganización consecuente. Políticamente, la ocasión era también la más propicia. La reacción gilroblista había sido vista obligada a dar un paso atrás, a resultas de la huelga política contra su manifestación en El Escorial (abril). El propio gabinete Lerroux fue dimitido y substituido por el de Samper, prototipo de gobierno débil destinado a desaparecer rápidamente por la izquierda o por la derecha, según el movimiento obrero se mostrase más fuerte o más débil. Tras el gobierno Samper sólo cabía el paso a otro gobierno fuerte con representantes directos de la mayoría filofascista de la cámara, o la disolución de ésta y convocatoria a nuevas elecciones, lo que hubiese supuesto una derrota formidable para la reacción, dejando el camino libre de obstáculos para desenvolver el movimiento revolucionario hasta la dualidad de poderes.

Alrededor de cien mil trabajadores de la tierra holgaron desde el primer día de la declaración del movimiento. El gobierno mandó a combatirlos millares de guardias previamente concentrados en las zonas agrícolas. La huelga iba a ser un fracaso cierto sin la solidaridad del proletariado urbano. Dejando derrotar a los campesinos, las ciudades quedarían aisladas, privadas de su poderoso apoyo para los movimientos revolucionarios posteriores. Aunque la huelga campesina hubiese sido realmente inoportuna, lo que estaba muy lejos de ser, el proletariado tenía que apoyarla con huelgas de solidaridad para reducir las proporciones de la derrota y que los campesinos no se sintieran abandonados y traicionados. Era el A B C de la estrategia revolucionaria en aquel momento. Argumentando así, el delegado de la Izqui-

erda comunista en la Alianza obrera madrileña presentó un plan de huelgas de solidaridad escalonadas en las principales ciudades del país y limitadas a un plazo de 48 horas, lo que aseguraba de antemano su éxito. La huelga campesina se hubiese extendido de las regiones más avanzadas a las retrasadas, abarcando 300, 400, 500 mil hombres. El gobierno habría sido forzado a dispersar sus fuerzas represivas en el campo y a concentrar una parte muy importante en las ciudades. Su capacidad de contención hubiese sufrido una importante merma. Y los trabajadores de la tierra, respaldados por las ciudades, habrían elevado hasta el máximo la intensidad de su ofensiva. En las excelentes condiciones políticas de las masas, la solidaridad de la ciudad con el campo habría impedido, en el peor de los casos, que los huelguistas sufriesen una derrota grave. El agro debía sentirse acompañado por la fábrica.

Pero los burócratas socialistas, aterrorizados por la importancia y el carácter ofensivo del movimiento, se negaron rotundamente a hacer el menor gesto en favor de los huelguistas. Todos los razonamientos, todas las representaciones del peligro de aislamiento del proletariado y de reforzamiento de la reacción encontraron oídos sordos en los representantes socialistas. Y en contra de ellos era difícil declarar las huelgas de solidaridad. Se corría el riesgo de un fracaso también en las ciudades, lo que hubiese aumentado las proporciones de la derrota. Como de costumbre, al voto del delegado de la izquierda comunista se sumó únicamente el voto sindicalista (la Federación Tabaquera aun no pertenecía a la Alianza). Los trabajadores de la tierra sufrieron una derrota terrible. Decenas de ellos cayeron muertos y millares dieron con sus huesos en la cárcel. El campo en su totalidad se desgajó del movimiento revolucionario ascendente. Ninguna ayuda podía esperarse de él en el período inmediata como se demostró palmariamente durante el movimiento de Octubre. No solamente se sintieron traicionados los campesinos; los propios obreros de la ciudad vieron como un precedente fatal la forma en que fueron abandonados aquellos.

De manera semejante, los socialistas propiciaron la derrota de otras huelgas obreras, principalmente la de Artes gráficas de Madrid. Las varias huelgas generales políticas que con éxito completo se declararon en la capital entre los meses de marzo y octubre, lo fueron casi a despecho de los socialistas, que resistieron hasta el último momento las proposiciones de la Izquierda comunista. Cuando finalmente se veían obligados a aceptar la declaración de huelga, lo hacían en su nombre, robando la iniciativa a la Alianza obrera, con el objeto de impedir que se convirtiese realmente en organismo dirigente y que las masas la consideraran como tal. Un robo semejante cometió la Comisión administrativa de la U. G. T. con ocasión del magnífico movimiento de solidaridad con los huelguistas de Zaragoza, que les dió rápidamente el triunfo. También esa iniciativa fué presentada a la Alianza por el delegado de la Izquierda comunista. Tras muchos re--

gateos por parte de los socialistas, fué aceptada, pero al día siguiente apareció en El Socialista como propuesta privativa de la U. G.T. En toda esa miserable y desleal actitud se veía la intención deliberada de reducir a ficción burocrática el frente único, de cortar el desarrollo de las Alianzas obreras en organismos de poder revolucionario, y de limitar el movimiento de masas a las conveniencias de los socialistas, es decir, a su vuelta a la colaboración gubernamental.

Octubre lo puso bién de manifiesto. El Partido socialista, y Largo Caballero personalmente, habían anunciado la insurrección si el presidente de la República daba acceso al gobierno a los representantes de Gil Robles. Esa condicionalidad prueba cuan lejos estaban sus patrocinadores de un verdadero criterio revolucionario y de pensar firmemente en la insurrección, que no admite mas condición que las necesidades mismas de la revolución. Como lo había anunciado el delegado de la Izquierda comunista en la Alianza de Madrid, la derrota de los campesinos envalentonó a la reacción, la convenció aun mas de la impotencia revolucionaria de los socialistas, y marcó una evolución del poder a la derecha. Retirada la marioneta Samper, Alcalá Zamora llamó nuevamente a Lerroux, introduciendo en el gobierno varios representantes de Gil Robles.

La noticia se conoció en la tarde del día 4 de Octubre. Según la solemne promesa socialista, la entrada de los filofascistas en el gobierno significaba, automáticamente, la insurrección. Tanto la masa proletaria de Madrid como la de todas las ciudades importantes del país creyó firmemente que se trataba de la lucha armada. Las huelgas políticas anteriores habían mantenido un gran espíritu de lucha y de confianza en la victoria. Al conocerse la composición del nuevo gobierno, la huelga general se produjo espontáneamente. Cayendo el día, varias decenas de millares de trabajadores invadían las calles de Madrid esperando la señal del combate, decididos a batirse hasta la muerte, confiantes en que se les distribuiría un mínimo de armas indispensable para lanzarse al ataque de los cuarteles, de correos, telégrafos, ministerios y demás centros vitales. El gobierno mismo se sintió aterrizado y paralizado por la inmensa masa que invadía las calles. Los guardias de asalto y civiles, armados incluso de ametralladoras, pasaban junto a los grupos obreros sin atreverse a disolverlos ni registrarlos siquiera. Los suponían armados y no osaban hostilizarlos. En realidad, los obreros no disponían sino de escasas pistolas viejas, punto menos que inutilizables. El Partido socialista, que meses antes había alborotado mas y mejor en torno a las armas, no distribuyó sino muy contadas pistolas y fusiles a pequeños grupos que nada seria podían intentar con ellas. Los grupos, o mejor dicho, los individuos asi armados, se limitaron a hostilizar a la fuerza pública, a "paquear" diseminados por los tejados, lejos de toda intención ofensiva o insurreccional. Ya estaba bastante avanzada la noche, cuando se conoció la decisión del Partido socialista. Sus

olímpicas baladromadas conspirativas y sus promesas de desencadenar la revolución se redujeron a esta orden: "huelga general pacífica..." hasta que el presidente de la República fuerce la dimisión del gobierno. Pero esta vez, el Partido socialista daba la orden en nombre de la Alianza obrera. Al fin se descubría lo que los socialistas entendían por Alianza obrera: un parapeto tras el cual descargar responsabilidades jurídicas si acaso se iba más allá de la oposición política permitida por las leyes burguesas. Pero la Alianza de Madrid no se reunió ni una sola vez durante las nueve jornadas de Octubre. A las reuniones convocadas se presentó, sólo, el representante de la Izquierda comunista, la organización trotskista.

Lanzadas a la calle en espera de acciones decisivas, las masas obreras no daban crédito a lo que veían y oían. Durante la noche nada ocurrió, salvo algún tiroteo sin importancia. Concentraciones de varios miles de obreros, totalmente desarmados, habían intentado asaltar algunos cuarteles. Las ametralladoras los dispersaron rápidamente. Al día siguiente las masas volvieron a inundar las calles, buscando noticias, esperando aun armas y órdenes de lucha, pensando, para no considerarse todavía traicionadas, que la orden del día anterior y la falta de acción eran un ardid de guerra de los que tanto se habían vanagloriado los socialistas. La actitud de la fuerza pública las hizo caer pronto de su ilusión. Debilidades y temores de la víspera habían desaparecido en las fuerzas gubernamentales, que ahora se mostraban insolentes, brutales, agresivas. El gobierno se sentía más firme evidentemente. Estaba ya seguro de dominar la situación en Madrid. Las amenazas y conspiraciones socialistas se terminaban, en fin de cuentas, con una desertión vergonzosa, en medio de condiciones excelentes para presentar al gobierno batalla en toda regla. No le faltaban al Partido socialista las armas mínimas indispensables; la asistencia de las masas no podía ser mayor. Con todo ello no supo, ni quiso, hacer más que una prolongada huelga de nueve días, alborotada con un paqueo estéril que recomenzaba todas las tardes. El misterioso plan conspirativo que debía dar el triunfo, el que tanto utilizaron para contener el movimiento revolucionario en los meses anteriores e impedir su desarrollo dialéctico, no apareció por ninguna parte. Ni podía aparecer, porque no existía. Lo único conspirativo en la trama de la radicalización socialista era el pánico ante la eventualidad de tener que poner por obra las palabras. Esa conspiración sí que apareció en Octubre claramente y por todas partes.

En Cataluña, el gobierno de la Generalidad, que se había aventurado a proclamar la soñada república catalana, capitulaba rápidamente ante las tropas gubernamentales, sin tratar de movilizar sus importantes recursos. Su "resistencia simbólica" se satisfizo con cuatro cañonazos y bandera blanca. Ni siquiera se dió a los soldados, una vez fuera de los cuarteles, la oportunidad de volver sus armas contra el gobierno, en lo que había no pocas posibilidades de éxito. La Alianza obrera local, fundamentalmente dirigida por un antepasado del P.O.U.M.,

el Bloque Obrero y campesino, había sido incapaz de practicar una política que indujese los anarquistas a aceptar el frente único. Utilizó la Alianza como instrumento contra la C.N.T., en lugar de utilizarla para atraerla y vencer su apoliticismo. El resultado fué la desorganización y la división del proletariado catalán. Imitando desde otro plano a la Generalidad, la Alianza catalana se limitó a organizar una manifestación de petición simbólica de armas a la Generalidad, y viendo que ésta no se las daba, disolvió la manifestación y dió por terminada su acción. Era criterio de los dirigentes aliancistas que nada podía intentarse sin la Generalidad. En esa idea estaba, de antemano, contenida la derrota.

Sólo en Asturias tomó el movimiento de Octubre un verdadero carácter insurreccional. ¿Por iniciativa del Partido socialista, o porque las condiciones particulares de la región permitiesen a los mineros pasar a la acción antes de que los altos dirigentes pudieran contrarrestarla? Estoy firmemente convencido de lo segundo. En el libro a que me he referido creo demostrarlo detalladamente. En los límites de éste artículo no cabe sino citar los hechos mas salientes que en tal sentido me persuaden:

1 - Los mineros disponían de algunas armas y de abundante dinamita tomada en las propias minas. Sabían manipularla perfectamente como arma de guerra.

2- Los dirigentes medios e inferiores del socialismo asturiano, directamente en contacto con los mineros y mineros ellos mismos a menudo, eran de los mas revolucionarios del Partido socialista español. Esos hombres tomaban la radicalización y la marcha hacia la dictadura del proletariado en serio, y no como maniobra política.

3 - El movimiento insurreccional comenzó en Asturias precisamente en la periferia, donde la decisión pertenecía a los dirigentes bajos y medios. Mientras que en la capital de la provincia, Oviedo, sede del Comité regional se produjo, como en Madrid, sólo una huelga pacífica. Fueron los mineros quienes, concentrándose en torno a Oviedo, tomaron la ciudad por asalto.

4 - Finalmente, el carácter no insurreccional del movimiento en Madrid y el resto de España obliga a creer que lo de Asturias se produjo contra la voluntad de la alta dirección socialista, tanto nacional como regional. No es concebible que se diera una orden de insurrección para Asturias y otra de huelga pacífica para el resto del país. Y repitámoslo, quienes hayan vivido las jornadas de Octubre en Madrid no podrán negar de buena fé que existieron posibilidades de insurrección y de triunfo de la misma. No hubo allí insurrección porque la dirección del movimiento no lo quiso, porque desertó de las masas en el momento requerido. La insurrección de Asturias fué, con toda seguridad, una sorpresa para los altos dirigentes socialistas. Los mineros se les desmandaron. Bien provistos de dinamita, al cono-

cer la orden de huelga general y la composición del nuevo gobierno, se lanzaron sobre los cuarteles de la guardia civil y los tomaron casi todos. Los burócratas socialistas asturianos, los Belarmino Tomás, González Peña, etc., tenía que aceptar el hecho consumado; no estaban los mineros allí, frente a ellos, cercando Oviedo?

La Alianza obrera asturiana, a pesar de ser la mejor constituida, debido a la participación de los anarquistas, mostró también su inadap-tación como organismo de poder obrero, e incluso como centro director insurreccional. En el transcurso de la lucha, la primitiva Alianza, que junto con numerosos comités se dió a la fuga, hubo de ser substituida por otra. El modo de representación era mucho mas democrático, y los representantes mucho mas cerca de las masas que los bonzos socialis-tas que constituían la anterior. Las necesidades de la lucha indica-ban el sentido en que tenían que ser modificadas las Alianzas. Tal cual los socialistas se habian esforzado en conservarlas eran apreta-dos nudos burocráticos que paralizaban la iniciativa de las masas en lugar de darle curso organizado. Mas todo eso es materia que en otro lugar será tratada con la extensión debida.

Sólo a título de homenaje es necesario recordar la tenaz y heroi-ca resistencia que ofreció el proletariado astur a las hordas guber-namentales, las bárbaras torturas y los asesinatos a que fueron some-tidos millares de hombres por Lerroux-Gil Robles. Su gesta insupera-ble, aunque aislada y traicionada por los altos dirigentes socialis-tas, no fué inútil. Todas las masas oprimidas de España se sintieron dignamente representadas por el proletariado asturiano. En su lucha, vieron lo que a ellas se les impidió hacer. La reacción triunfó, pe-ro no gratuitamente, y su triunfo fué incompleto, incierto. El ejem-plo y el recuerdo de la insurrección asturiana propició una pronta re-cuperación de las masas que condujo, en 1936, al triunfo electoral de febrero y a la derrota de los militares en Julio. En 1934, sólo As-turias se les desmandó a los dirigentes pequeño-burgueses; en 1936 se les desmandaba toda España. Los hombres de Asturias abrieron el cami-no al formidable alzamiento proletario que produjo la guerra civil. Y la guerra civil, a pesar de hez burguesa del stalinista frente po-pular, es una de las mas honrosas proezas del proletariado mundial.

Lo mas característico del proceso de la revolución española es la rapidez con que el proletariado y los campesinos se recuperaban de una derrota para lanzarse a otra ofensiva revolucionaria aun mas vasta y profunda que la anterior. Con una tenacidad solo comparable a la tena-cidad revolucionaria de las masas, los dirigentes llevaban invariable-mente a la derrota, una tras otra, las ofensivas revolucionarias. La propulsada por la radicalización socialista pudo cubrir el objetivo de rechazar la reacción, disolver su parlamento y dar acceso a una si-tuación de dualidad de poderes; y pudo cubrir ese objetivo en dos oca-siones: durante la huelga campesina y en Octubre mismo. De haberse propuesto los socialistas hacer la revolución de hecho, no en palabras,

tampoco hubiese sido imposible. Su intención era muy diferente: se limitaba a obligar al presidente de la república a convocar elecciones y que la coalición republicano-socialista recogiese nuevamente el poder. Pero tampoco por eso supieron luchar con decisión. Creyeron que las amenazas bastarían. Únicamente ellos, en última instancia, resultaron asustados por sus propias amenazas.

Dados los objetivos colaboracionistas del socialismo, que controlaba aun la mayoría del movimiento obrero, y dada la falta de órganos de poder en los que sustentar la revolución, el triunfo de ésta era imposible en Octubre. Pero si los socialistas se hubiesen decidido a dar la batalla a la reacción, con toda probabilidad el gobierno habría sido derrocado. Aunque los campesinos, traicionados desde julio, estaban imposibilitados de dar al movimiento ningún apoyo, era lo suficientemente fuerte en las ciudades para lograr el objetivo mínimo de rechazar la reacción. Y cubierta esa etapa, todo permite creer que el movimiento revolucionario habría encontrado un camino rápido y relativamente fácil hasta su triunfo decisivo.

En efecto, rechazada la reacción, la situación hubiese sido extraordinariamente ventajosa para la revolución. Aproximadamente la de julio de 1936, pero sin la dominación militar en una parte del territorio, y sin el stalinismo apuntando sus pistolas y sus calumnias a los revolucionarios. Probablemente se hubiese constituido un gabinete presidido por un socialista. La nueva cámara habría arrojado infaliblemente una abrumadora mayoría de los partidos obreros. El conjunto de los explotados se hubiesen sentido vigorosamente lanzados adelante. El anarco-sindicalismo habría tenido que salir de su aislamiento. Las Alianzas obreras, multiplicadas, habría podido evolucionar, democratizándose y adquiriendo las características de auténticos organismos de poder proletario. Del propio Partido socialista, cuya base, principalmente la joven, había tomado en serio lo de la dictadura del proletariado, se habría separado con toda seguridad, una recia minoría hacia las posiciones bolcheviques de la Izquierda comunista, con la que simpatizaban los jóvenes públicamente. La dualidad de poderes habría hecho acto de presencia inmediatamente y con ella la posibilidad, para las minorías revolucionarias, de arrancar el proletariado a las organizaciones reformistas. Los jefes socialistas se hubiesen encontrado de golpe a la extrema derecha del movimiento obrero. Es imposible asegurar que de esa manera el triunfo de la revolución se hubiese producido invariablemente, pues en tal materia no existe seguridad ni garantía sobre nada. Mas la experiencia demuestra que todas las revoluciones dependen en general de la existencia o inexistencia de un partido revolucionario, generalmente pequeño al comenzar las primeras sacudidas. Por aquel entonces existían en España sólidos núcleos a los que circunstancias favorables hubiesen permitido afianzar su ideología y extender su influencia (me refiero a la Izquierda comunista). La derrota de Octubre contribuyó a desorientarlos y hacerles caer en errores que les perdieron como factor revolucionario de importancia para

el período siguiente. Así encontraría el stalinismo facilidades para su obra contra-revolucionaria en nuestra zona, durante la guerra civil.

En todo caso, la mejor garantía de triunfo que una revolución puede tener es la lucha, bien preparada, conscientemente calculada, pero la lucha sin reservas y hasta sus últimas consecuencias. Precisamente lo que más ausente estuvo de la dirección socialista. Temió éstas las consecuencias revolucionarias de una derrota de la reacción directamente provocada por las masas. Y sin las masas no se podía derrotar la reacción. Desertando en el momento culminante, la dirección socialista impuso al proletariado y a los campesinos españoles sacrificios enormes (la represión de 1934 a 1936, la sublevación de los generales), y rudos combates (la guerra civil) que manejados por la misma gente, ya engrosada con el stalinismo, dieron por resultado final el triunfo de Franco.

La definición más sucinta, verídica y lapidaria que puede hacerse de la revolución española considerada globalmente es la siguiente: mientras las masas, en las ofensivas sucesivas de 1931 a mayo de 1937 se muestran cada vez más radicales, cada vez más cerca de instaurar la dictadura del proletariado, los dirigentes se muestran más burgueses, más derechistas, más servilmente sometidos al capitalismo como sistema. Esa oposición creciente entre las masas y los dirigentes, sin exclusión de ninguna de las organizaciones importantes, ha dado por cociente la contrarrevolución franquista.

México, D.F., octubre 1943.

G. Munis

= = = = =

D I R E C C I O N

Para toda correspondencia, pedido, envío o intercambio dirigirse a:

N i c o l e E S P A G N O L

24I, rue du Faubourg Saint-Honoré

PARIS, 8°. Francia.

Giros: C.C.P. Paris, 16-541-52.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

AUMENTA LA REPRESION

Los últimos meses marcan un recrudecimiento muy considerable de la actividad policíaca. Las detenciones se cuentan por millares en Andalucía, Levante, Cataluña y Madrid; los consejos de guerra, tapadera y remate del terror policíaco, por decenas. Y piénsese que la prensa extranjera misma, por su propia naturaleza, sólo informa de una parte de las detenciones y de los consejos de guerra, los que atañen en particular a stalinistas, socialistas y católicos, es decir, a las tres tendencias que representan una parte del capitalismo mundial. En las fábricas, las minas y los pueblos agrícolas, donde la aversión al régimen tiende a descarrarse cada día más, la policía, no sin auxilio directo del clero y los patronos, lleva a cabo una presión y represión continuas, de las que apenas se encuentra referencia en ningún periódico.

La significación política de esa represión recrudecida, la da el hecho de que los partidos más conocidos estén sobretodo preocupados de la substitución pacífica de Franco, negándose a emprender acción alguna, pequeña o grande, que tenga carácter revolucionario. Así disminuyen, cuanto en su mano está, la importancia y el número de las acciones contra el régimen, y la capacidad de resistencia a la policía de los de abajo. Se encuentran éstos abandonados a sus propias iniciativas, o bien influenciados por las iniciativas paralizadoras de los partidos.

No obstante, la represión irá aumentando invariablemente, vano remedio a la descomposición del régimen. El signo de la situación social ha cambiado, netamente favorable ya para el porvenir de las masas. Cada detenido, cada condenado por los viles tribunales militares suscitará a la dictadura nuevos enemigos activos, y eso independientemente de lo que hagan todos los partidos sin excepción. El problema principal que se plantea es coordinar una oposición obrera medularmente revolucionaria, que prefigure la solución clasista de mañana, frente a Franco al mismo tiempo que frente a los proyectos reconciliadores de los principales partidos emigrados. Ese problema es el principal, y todo hombre que sea realmente revolucionario tiene la obligación de contribuir a resolverlo. La inexperiencia --lo sabemos-- paraliza muchas voluntades. Pero la práctica únicamente permite adquirir experiencia y resolver dificultades. A los nuevos revolucionarios les ofrecemos los consejos publicados en el número 2 de Alarma.

QUIENES NO ATENTEN

Raro ha sido el caso político que ha escapado a los tribunales militares durante estos 21 años de dominio absoluto del sable y el hisopo. No obstante, el Caballero de Cristo, sintiendo el suelo movedizo, ha visto la necesidad de extender la jurisdicción cuartela-

ria.

De ahora en adelante, serán necesariamente reos de "rebelión militar" quienes propalen noticias falsas o tendenciosas a fin de alterar el orden público, de provocar conflictos internacionales o de atentar a la seguridad del Estado y sus instituciones, del gobierno, del ejército o de las autoridades. Son también ratificados como delitos de rebelión militar las reuniones, conferencias y manifestaciones que no plazcan al gobierno; y además --es todo una confesión del régimen-- las huelgas ordinarias y las de "brazos caídos", o sea las que, por su forma, constituyen un ensayo de expropiación del capital industrial por los trabajadores.

Lo único notable en esa enumeración es lo de "provocar conflictos internacionales". Sabido es que Franco medra con la guerra fría, y que del fogueo atómico ventajoso para sus años espera la perpetuación de su régimen. Eso obliga casi a deducir que tales palabras atañen a los conflictos que en Washington y otras capitales le crean a Franco los partidos que se presentan como aliados probables del bloque Atlántico, mas viables y propagandísticamente útiles.

Salvando eso, que no afecta a los revolucionarios, sobre los demás puntos no nos cabe sino decir: quienes no atenten a cuanto es "el movimiento nacional" deliberadamente y desde un punto de vista proletario, no son revolucionarios.

CONFESONARIO

Hace dos meses se había anunciado un juicio "a puerta cerrada" en el cual debían comparecer, entre otros, Ridruejo, Herrera Oria (Fernando) y Tierno Galván. Acusación: relaciones con los emigrados políticos y tentativa de formación de un partido clandestino.

Esas personas representan la oposición señorial al régimen, de cuyas altas jerarquías proceden y con las cuales están enlazadas material y moralmente. Su oposición es un decirle a Franco: estás comprometiendo el porvenir de la España tradicional y exasperando al pueblo; si se levanta nos hace añicos; nosotros queremos remediar eso. Y como las complicidades van no se sabe hasta donde, se les ha concedido la "puerta cerrada". La cosa sería un agravante en otras condiciones, pero vistos los hombres y las circunstancias, se trata de un privilegio. Confesionario mas que juicio, donde acusados y acusadores se dirán lo que no es para oídos ajenos y entrarán al fin y al cabo en comunión. La penitencia no llegará a los presidios. Pero la descomposición del régimen que el asunto acusa no tiene cura.

EL EXCOGITADOR QUE EXCOGITARE....

Otros que tal, que andan ya jaquecosos con la visión de lo que puede pasar "cuando esto cambie", son los hombres que han hecho profesión de pedir a dios y recibir de Franco. A dios y a los obispos se dirige el escrito de los curas vascos, insufrible jaculatoria que resume su párrafo final:

"Excmo. Sr.: Le rogamos por la caridad de Dios, que quiere que todos seamos una cosa en El, que como Padre y Pastor y Rector de este nuestro Pueblo, busque coincidencias, excogite medios y halle una fórmula eficaz y suave de devolver a nuestro Pueblo la paz perdida".

La iglesia ha sido el primer beligerante contra el pueblo desde 1931 y para evitar la venganza del pueblo y seguir siendo ama y señora después de Franco se da a la búsqueda de suavidades. Mas ahora hay otros excogitadores de fórmulas eficaces suaves que se revelarán probablemente mas peligrosos aun que la iglesia. Cuantos temen la acción del pueblo y la revolución excogitan la tal fórmula y hablan de reconciliación. Parodiando el trabalenguas infantil, puede decirse: el excogitador que excogitare.... designio malo lleva.

CARGA DE LA POLICIA EN MADRID

Durante el sensacional incendio de Madrid, a finales de septiembre, el público manifestó airadamente su indignación por el mal equipo y organización del servicio de bomberos, causa de la muerte de varias personas, como es sabido. El mismo público pudo presenciar sobre el terreno que el servicio de policía, en cambio, es expedito y efectivo. Una compañía de guardias acudió enseguida a tapar a palos la boca de los protestatarios, de lo cual se ha guardado de informar la honrada prensa franquista. Cómo iba a pensar el régimen en un buen servicio de bomberos si su principal sostén es la policía? Está permitido sisar millones en todas las dependencias oficiales, con mayor razón en las que no sirven para prolongar la existencia de la dictadura.

Sucesos de ese género son susceptibles de convertirse en una gran explosión de ira colectiva, que los revolucionarios tienen el deber de encauzar derechamente contra el régimen. Entramos en un periodo en que los explotados son cada vez mas sensitivos y aptos para la protesta.

CORRIENTE CONTINUA

Haciendo escala en Madrid durante su último viaje, el coronel Nasser celebró una cordialísima entrevista con Franco, contentos ambos de que la Liga Arabe, donde el primero es casi papa, preconizase en su última reunión, intensificar las relaciones comerciales --y culturales!-- con España. Como se sabe, Nasser es gran amigo de Khrutchev, gran amigo de Eisenhower, y no menos gran amigo de Tito ^{de} Franco. Entre todos ellos está establecida una corriente continua de intereses que corresponde a la común naturaleza capitalista de sus regimenes. Los apretones de manos lo dicen todo. Los revolucionarios no deben olvidarlo por ningún motivo y cualesquiera sean las hablerías en contrario.

ERASE UN GALLEGO...

que prosuso a su buen amigo Hitler, entonces amo de toda Europa, que le entregase a discreción Portugal para su España imperial, a cambio de entrar a la guerra junto a Alemania. La "combina" no

marchó, y tornados los vientos el gallego le declaró su amor a Portugal, porque Portugal es para él Salazar, que se le parece tanto, y porque en Portugal la gente odia a Salazar como en España odia al gallego. No pasa casi año sin que una entrevista entre los dos "grandes estadistas" nos asegure de su completo y entrañable acuerdo.

Lejos de dudarle, estamos seguros de ello, pues ^{en} Portugal, como en España, se intensifica la actividad contra la dictadura, menudean las detenciones, los consejos de guerra y las vilezas de la policía y la prensa oficial contra sus adversarios. Un nuevo movimiento revolucionario en España encontrará eco y colaboración en Portugal. Lo contrario ocurriría ciertamente también, y hasta es posible que la primer sacudida importante se produzca en Portugal, cuyo gobierno no tardará en tener serias dificultades con sus colonias.

Importa tenerlo muy en cuenta desde ahora. Hay que crear núcleos revolucionarios en Portugal, introducir nuestros escritos e ideas y preparar una acción común en el plano peninsular. Las dos dictaduras están llamadas a morir casi simultáneamente. De ahí la importancia de constituir una organización revolucionaria común. El acuerdo entre los explotados de los dos países sí que será completo y preñado de porvenir.

CONGO : NEGREROS BLANCOS Y NEGROS

El "democrático" y --sin comillas-- católico gobierno belga, había preparado muy paso a paso la "independencia" de su Congo. Presidente de la república, del gobierno, altos funcionarios, etc., todo había sido meticolosamente previsto y examinado para que el Congo pareciese independiente sin que lo resintiesen los intereses belgas. Es técnica nueva del imperialismo. Lumumba y Kasavubu, como la mayoría de los nuevos gobernantes negros han salido de las escuelas católicas más decentitas, lo que constituía una garantía y seguirá constituyéndola, aunque no siempre sea para los intereses belgas.

El gurrigay desatado apenas proclamada la independencia es indescriptible, por mas informes que se hayan tenido. No cabe sino resumirlo y sacar las conclusiones, importantísimas para esclarecer las ideas revolucionarias.

Sin verdadera ^{ho} homogeneidad nacional ni idea histórica rectora de ninguna clase, los nuevos gobernantes sienten su importancia como propietarios de todo el territorio, que no es una escombrera: 3/4 del cobalto mundial, reservas incalculables de zinc, cobre, manganeso, estaño y uranio, con el cual los Estados Unidos cubren la mayoría de sus necesidades. Otros pueden dar mucho mas que Bélgica, imperialismo subsidiario, y acrecer la importancia del Lumumba de turno. En el sur, Tchombé está firmemente agarrado a las compañías mineras, y no se somete a Lumumba. Lumumba pide tropas a la O.N./U,

dos de gabinetes no muy diferentes, y de un súbito choque entre las masas y la policía en Génova. No ha pasado nada, políticamente; se ha ido de un equilibrio mendaz y repugnante a el mismo equilibrio mendaz y repugnante. Pero en el interin ha ocurrido algo que significa mucho si sabemos interpretarlo. Significa que la acción revolucionaria del proletariado pueda dar cuenta del aparato coertivo del Estado y abrir calle a la revolución socialista.

La multitud que en Génova se puso en movimiento, había sido invitada por los partidos stalinista y "socialista" a hacer una modesta demostración pacífica contra un congreso neofascista convocado en la misma ciudad. No era, ni mucho menos, la primera vez que los neofascistas se reunían, pero en esa ocasión los dos partidos pseudo-obreros, estando el gobierno en crisis, consideraron conveniente hacer valer ^{su} "influencia" en las masas, para que el Vaticano, espíritu santo de la democracia cristiana, y decente antifascista como cualquier Togliati, no olvidase sus particulares derechos parlamentarios. Los trabajadores de Génova se tomaron en serio el asunto, y recurriendo espontáneamente a los mejores de su seno ---la mayoría expulsados por Togliati y Nenni de sus partidos--- entraron en violenta colisión con la policía. Eso bastó para que encontrasen un punto de coincidencia Togliati, Nenni y los benditos antifascistas del Vaticano. Puede decirse sin exageración, que la demostración de Génova, por haber tomado un caracter revolucionario en la práctica, se revolvió contra Togliati y Nenni, poniendo al descubierto su calidad de pilares del asqueroso equilibrio capitalista, del cual forman parte todas las demás tendencias oficiales, incluyendo la neofascista. La verdad última es que esta tendencia no tiene porvenir; pertenece al pasado, porque las necesidades capitalista que ella expresaba la expresan hoy, por una parte la democracia cristiana, y por otra el stalinismo, que en Italia tiene de antemano asegurada la complicidad de todos los Nenni.

El repugnante equilibrio capitalista existente en Italia --como el de todos los países del mundo sin excepción-- proviene del equilibrio interimperialista y parabólico de Estados Unidos y Rusia. En ninguna nación será roto en beneficio de los unos o de la otra sino en vísperas de la guerra, cuando se jueguen la dominación absoluta del Globo. Pero esa ruptura interesa a los explotados del mundo tan poco como el repugnante equilibrio actual, por otras palabras la "convivencia pacífica". El equilibrio no puede ser roto de ninguna manera diferente sino por la intervención revolucionaria del proletariado, no solamente en la acción, como ha ocurrido en Génova, sino también en la idea, como no ha ocurrido allí. Y si la acción sin la idea ha sido bastante para traer a acomodo el Vaticano y Togliati, la acción y la idea conjuntamente permitirían al proletariado vencer del mismo golpe al Vaticano y a Togliati, o sea a la representación nacional de los dos imperialismos. Mientras no ocurra así, todas las acciones, hasta las mejores, se saldarán en beneficio de

la reacción mundial, a cualquiera de los dos polos que pertenezca la primacía, y no podrá pasarse de Fanfani a Fanfani.

En Italia como en cualquier otra parte, el estancamiento de la situación política es un resultado del encuadramiento de los hombres por los partidos del bloque ruso o por los del bloque americano. Entre los unos o los otros nadie tiene interés en pronunciarse, y menos aun en arriesgarse, tratándose de elecciones o de acción extralegal. Solo la lucha al margen de los dos bloques y contra ambos abrirá brecha en la actual situación mundial y permitirá al proletariado plantear su reivindicación de socialismo universal.

RESISTENCIA = AGUANTE

Dimos cuenta, en nuestro número anterior, de la creación de un "núcleo constituyente" del Movimiento popular de resistencia. Desde entonces hemos leído cuanto el "núcleo" ha editado o hecho circular, sin que por ello estemos en condiciones de juzgar taxativamente su valor desde el punto de vista revolucionario, o su falta de valor. La titulación, popular de resistencia, no nos agradó desde el primer instante, porque eso nos evocaba demasiado directamente el frente popular que sirvió a Franco la victoria en bandeja. La lectura de los demás escritos del "núcleo constituyente", lejos de disipar aprensiones las aumenta. Decíra, en efecto, que se constituye "en vista de la incomprensible pasividad de los organismos antifascistas del interior y del exterior y en razón de la imposibilidad en que apafentemente se hallan de conjugar sus esfuerzos". Es decir, que su ideal sería que todos, desde los hombres de Moscú hasta los del Vaticano que se pronuncian contra Franco, además de los hombres realmente revolucionarios, constituyésemos un frente común de lucha contra éste.

La idea no es en el "núcleo constituyente" tan precisa como nosotros la sentamos, pero a ello presta, y si nos equivocamos a los constituyentes del "núcleo" corresponde puntualizar. Para facilitar la discusión, digámosles que las palabras popular y resistencia fueron inventadas durante la revolución española para substituir, con cálculo abyecto, estas otras dos: proletariado y revolución. Y las inventó, previo asesinato de los revolucionarios rusos, la contrarrevolución stalinista, adoptándolas después sus mercenarios españoles; y de ahí a todo el mundo. Esa invención respondía a la necesidad de la contrarrevolución rusa de impedir la revolución proletaria y de propiciarse las alianzas militares necesarias para pervivir como tal contrarrevolución. Por qué el núcleo constituyente nos resirve ahora esas palabras? Qué se propone con ello? Nosotros, que hemos pasado largos años por las cárceles de Franco, no estamos dispuestos a unirnos con cuantos se dicen anti-franquistas, porque entre ellos hay quienes apoyaron a Franco hasta anteayer, y quienes le dieron la victoria durante la guerra civil; los partidarios de Moscú, cuyo gobierno es tan reaccionario como el del fascismo. No se puede proyectar la unidad y la acción común contra Franco, por la sencilla

razón de que entre los exilados los hay aun mas capitalistas y reaccionarios que Franco. Entonces?

Por lo que a "resistencia" toca, la vuelta al mundo que ha dado esa palabra desde el tiempo en que fué apareada a la destrucción de la revolución española, no es para remozarla, y menos para dignificarla. En el mejor de los casos significa aguante, en el peor movimiento nacionalista. Las diversas resistencias nacionales, impidiendo que la última guerra fuese transformada en revolución, nos han gratificado con el mundo actual. Eso basta para evitar todo parentesco con ellas. Y aguante lo ha habido en demasía; dura mas de veinte años. Lo que en España hace falta es un movimiento proletario que prepare metódicamente el ataque revolucionario al capitalismo.

Hablar claro es muy importante. No se puede luchar por la revolución para mañana camuflándola hoy.

& & & & & &

COPIENSE Y DIFUNDANSE

LOS TRABAJOS DE ESTE BOLETIN QUE SE CONSIDERE CONVENIENTE